

CAPITULO 20

EL IDIOTA DEL PESEBRE : (reflexiones acerca del inconsciente político de las organizaciones económico-sociales hegemónicas)(*)

Acerca del inconsciente:

Esta presentación intentará, quizá sin lograrlo, una meta tan imposible como la profesión que la sustenta: acercarnos aún más al inconsciente. La presencia que se evidencia a través de su retorno deformado deberá dar cuenta del extremo límite que la fundamenta. Ni la primer polaridad "consciente-inconsciente" ni la más provocativa "reprimido-represor" serán suficientes. Tal vez la teoría del inconsciente tiene su propio inconsciente, cuyos efectos pueden observarse en formulaciones ultra-sofisticadas que niegan (y por lo tanto afirman) su construcción transactiva y su valor defensivo.

Hablar de aquello que debe permanecer lejos; acercarlo puede ser peligroso. Nuestro "Yo Oficial" puede ser conmovido por un chiste, un fallido, una producción artística. Difícilmente por una presentación con pretensiones de científicidad. Si nuestro Yo no se conmueve, el inconsciente no se acerca. La tibia mediocridad de los convencionalismos de moda nos acecha. Y nos aleja del objeto de nuestra búsqueda. Los inconscientes. Expresados en una pluralidad que es fiel a sus orígenes: la hirviente caldera de estímulos, la fusión-defusión eros-tánatos. No puede, por lo tanto, ser asimilado a ninguna "coherente singularidad". Los inconscientes no como raíz sino como rizomas: raíz de raíces. Acoples y desacoples de sustancia viva, biológica, psicológica, social. Y también política. Y también poética. Nunca podremos estar suficientemente cerca de estos

() Este trabajo fué escrito como ponencia del Encuentro de la Escuela Argentina de Psicoterapia que se realizó en septiembre de 1990. Fué leído en ATICO y publicado en El Espacio Institucional 1. La expresión "idiota del pesebre" se la escuché a Gregorio Baremlitt y figura en su libro Saber, Poder, Quehacer y Deseo. Si la tierra es del que la trabaja, comparto algo de la propiedad de esa expresión.*

inconscientes: solamente el pasaje por situaciones límite lo posibilita.

Experiencias donde el nivel fundante se presentifica. Pero para "contar el cuento" tenemos que alejarnos, rearmar una convención que nos permita comunicarlo. Tal vez para acercarnos a los inconscientes, debamos como Dante y Virgilio, abandonar toda esperanza. Por lo menos, de aquella que se construye desconociendo los nueve círculos del infierno. Pero como el inconsciente quema, no podemos prescindir de formulación auxiliares. Intermediarios simbólicos que, aceptando que no pueden acercarnos hasta el límite en el cual Icaro quemó sus alas, tampoco nos ubique en una lejanía racional y conformista. Por lo tanto utilizaré un modelo descriptivo: *el pesebre*. Y discriminaré dentro de su estructura un funcionamiento particular: *el idiota*.

El pesebre:

Este modelo es una espacialización del sistema: su majestad el bebé. Instituye y cristaliza el análisis de su origen, su tránsito y su destino. El pesebre es un efecto humano con causas no-humanas. Es un hijo sin padre y con una madre que concibió sin pecado: sin agresión y sin sexualidad. A este bebé tanto la naturaleza (los animales) como la divinidad (los reyes magos) adoran en silencio. El pesebre es un mundo feliz, porque ni eros ni ananké se hacen oír. Es el mundo donde reina la unidad (todos lo miran a uno), la pacificación (el único deseo es adorar), la armonía (no hay enunciación de un desacuerdo, ni siquiera hay enunciados; donde no se enuncia tampoco se denuncia).

Las leyes de la naturaleza y la sociedad se han detenido frente al adorado; esta detención no remite a un funcionamiento azaroso, ni está regido por el principio de incertidumbre. Hay una LEY SUPREMA que establece que no hay otra ley más que ella misma. Es por lo tanto LEY DE LEYES: todos en uno y ser uno con el todo. La construcción de la subjetividad-pesebre se realiza de arriba hacia abajo: la verificación del significado de abajo hacia arriba. El pesebre es una masa artificial ultrasofisticada porque no trata de hegemonizar la agresión (como el ejército) ni suprimir la sexualidad (como la iglesia). Hegemonía y supresión

implican lucha; en cierto modo conflicto, en cierto modo historización. En el pesebre no se lucha: se adora. Y la adoración compromete a todos y a cada uno en una vivencia de fascinación (cualitativamente diferente a la vivencia de satisfacción). Esta vivencia de fascinación es una vivencia delirante primaria y que como tal condiciona la conducta de todos los sujetos implicados. Sujetados, amordazados, enceguecidos, ensordecidos, castrados, desvitalizados. La adoración ha perdido el apoyo desde el cual debió sustentarse: el propio cuerpo conmovido. Si el origen es sin forma corporal (sin macho y hembra que en su pecado se prolongaran) el destino es una adoración que excluye la voluptuosidad de un cuerpo enardecido. Esta formación-pesebre puede ser también una modalidad de comprensión del funcionamiento social: sin origen en un conflicto; sin destino en una lucha. La alianza fraterna que constituye el paso decisivo hacia la cultura no tiene siquiera el registro de una profantasía. El retorno del padre de la horda, ley de leyes, adquiere por el contrario multiplicidad de formas. Una de ellas: el pesebre: extremo límite de la negación absoluta del conflicto. Con una sola excepción: la aparición del idiota.

El idiota:

El idiota puede ser un niño, o un loco, o un poeta. Es el que señaló que el rey estaba desnudo. O que las aguas del pueblo estaban contaminadas y fue sancionado como enemigo. O el espadachín narigón que sólo se enorgullecía de su penacho. O el caballero de la triste figura que atacó molinos de viento y enamoró una villana. **El idiota es el inconsciente del pesebre.**

Si se le permite hablar es tan sólo porque su condición asumida es de idiota y como tal será su producto. Toda la niñez transcurría en un pesebre hasta que a un idiota se le ocurrió hablar sobre sexualidad infantil. Y parricidio. E incesto. El pesebre fue duramente conmovido. Hasta se llegó a pensar que el más formidable pesebre imperial podría llegar a ser "apestado" por las ideas novedosas. Y entonces, el más inesperado y eficaz mecanismo de neutralización aparece. El pesebre ordena (Ley de Leyes): **hay que adorar al idiota.**

Los inconscientes (libidinales, sociales, políticos, éticos, poéticos) son promovidos a conciencia oficial. Se institucionaliza el saber y por lo tanto pasa al estatuto de saber-poder. Se reterritorializa la adoración. El que denunciaba fue transmutado a enunciado oficial. El que llevaba la peste resultó apestado. Los poderes predominan sobre los saberes. Aparecen contrapoderes que son exorcizados con nomenclaturas aggiornadas: subversivo, psicópata, psicótico, envidioso, pregenital, border, que despliegan el significante idiota. Pero constatan una certidumbre que el pesebre conoce y teme: los inconscientes siguen hablando. Los saberes instituyentes siempre conmoverán aunque los poderes instituidos siempre inmovilizarán. Como la flor del jacarandá : al este y al oeste. Porque los idiotas no se resignan a las encíclicas científicistas que preconizan el malestar en la cultura como esencial e inherente a todo modelo social.

¿ Acaso la vivencia de satisfacción que transmuta la leche de un mamífero en el pecho de la mujer-madre no está inscrita como modo de producción cultural? Quizá haya que desentrañar los mecanismos de una cultura del malestar, que mantiene al pesebre como única opción de satisfacción posible. Encubriendo su carácter de fascinación. Imponiendo la sublimación ideal en detrimento de la sublimación real. Pero para esto hay que sostener, como Sísifo, una piedra que siempre caerá : la de las propias convicciones. No es lo mismo hablar acerca del inconsciente, que acercarnos para ser hablados desde él. O ellos. O ellas. Ser hablado en tanto nuestra propia asociación libre, nuestro pensar en voz alta, nuestro sentir en voz baja, también pueden producir efectos de verdad.

Por lo tanto el pensamiento fuerte, llevado a su extremo límite, cuestionará su propia lucidez. Ante la mirada de reprobación de los adoradores puede retroceder y ese será el precio que está_ dispuesto a pagar para no ser considerado el idiota del pesebre.

Los inconscientes: una propuesta de Sísifo:

Nunca lo habríamos sospechado, dice Freud. Un inconsciente represor. La dupla represor-reprimido (Yo Inconsciente-Ello) profundamente inconsciente. No

sabemos de nuestro deseo. No sabemos qué no sabemos, por qué no sabemos y para qué no sabemos. Y como nada sabemos, podemos decir con pasmosa tranquilidad : en tanto la satisfacción inmediata sería el caos social (confundiendo inmediata con instantánea) el orden social exige la no satisfacción inmediata, y para evitar complicaciones la no satisfacción directamente. O concedamos: la satisfacción en el más allá, el pesebre celestial, o para después del después, porque estamos mal pero vamos bien, hay que pasar el invierno.

Esta soldadura entre malestar y cultura parece natural, cuando en realidad está producida como tal por la misma cultura que preconiza la no satisfacción como condición de perdurabilidad. Recordemos que placer para un sistema, displacer para otro. Por lo tanto: malestar para un sistema, bienestar para otro. Freud enfatiza el malestar porque se pone del lado del reprimido y de su análisis el malestar es pensado como contingente. Si nos ponemos del lado del represor, el malestar aparece como absoluto. Pero el infante humano, con pecados concebidos (habitualmente hay articulaciones de varios pecados) no experimenta oposición alguna entre cultura y placer. La ley materna abre la cultura del placer: la ley paterna el placer de la cultura. Doble apoyatura: sobre la necesidad (hambre) que en tanto mamífero deberá satisfacerse con un objeto no contingente (leche).

Se despliega el plus de placer, tanto en la madre cuanto en el bebé: primer orgasmo compartido (al menos para el bebé). La sexualidad apoyada en la satisfacción de la necesidad constituye la primera apoyatura. Posteriormente el deseo se hará autónomo de la necesidad, pero la satisfacción plena será para siempre una vivencia con soldadura corporal. No hay oposición entre deseo y necesidad: hay tránsito desde una organización biológica a una organización psicológico-social.

Pero otro pasaje es necesario: se trata de la doble apoyatura ya mencionada. La cultura (entendida como ese distanciamiento del animal mediante la adquisición de diferentes tecnologías, desde el lenguaje hasta las instituciones, las organizaciones económico-sociales, los instrumentos gradualmente más sofisticados, etc) se apoya

en ese placer ya conseguido. Por lo tanto garantiza , más allá del circuito boca-pezón, la satisfacción del deseo. Por eso podemos hablar de un placer de la cultura: se trata de la sublimación real, la que permuta fines y mediatiza objetos, garantizando una nueva cualidad de la descarga placentera. La defusión instintiva que conlleva, está convenientemente orientada a remover el obstáculo real que impide la satisfacción. El aumento del sentimiento de culpabilidad como remanente de la defusión originada en la exigencia sublimatoria, tiene como requisito que la cultura represora haya fracturado el tránsito entre placer y cultura. Esta sublimación ideal ya no trabaja con objetos del mundo externo, sino con objetos del mundo interno: el propio yo sometido.

Por eso la cultura que disloca el tránsito desde el placer y desconoce el pasaje necesidad-deseo, termina siendo anticultura, antideseo, anticorporal. Anticultura: contaminación ambiental, desastres ecológicos, hambre planificada. Antideseo: enfermedades neuróticas, caracteropáticas, perversiones. Anticorporal: enfermedades orgánicas, psicósomáticas, sobreadaptación. Por eso podemos hablar de una cultura erótica, instituyente, donde la muerte es para poder vivir. También de una cultura-anticultura tanática, instituída, donde la vida es para poder matar. Hay muchos grupos que enuncian y denuncian estas formas extremas de la anticultura: son los modernos idiotas del pesebre. No hace falta enumerarlos. Tan sólo saber que encarnan inconscientes sociales y políticos. Quizá sin saberlo se dan cuenta del traslocamiento fundamental que en algún momento de la historia se produjo. Los inconscientes dan cuenta de dos modalidades político-deseantes básicas: la modalidad de horda y la modalidad de alianza. La primera es el represor absoluto: el padre ancestral. La segunda es la hermandad aliada que reprime al represor y pone "las cosas en su lugar". Pero no de una vez para siempre: sino setenta veces siete, y más también.

De la Represión de los Inconscientes al Estallido Social:

Análogamente a la sexualidad donde se juega lo sexual (el deseo), la política es un escenario donde se juega lo político (el poder). Edipo no sólo era parricida

(dialéctica de la agresión), incestuoso (dialéctica del deseo) sino tirano (dialéctica del poder). Por lo tanto el tabú del incesto es una prohibición libidinal, pero también una interdicción política: el juego del amor y de la guerra deberá desplegarse afuera, exogámicamente. La tragedia edipiana cuestiona la legitimidad del saber autocrático y no verificado por nadie, a excepción del propio rey que lo denuncia. Entre los siglos VII y V antes de Cristo, la organización tiránica arcaica evoluciona a la democracia estatal. Es una gradual transmutación de la ley del rey al reinado de la ley. Implica el pasaje del gobierno por un tirano (representante de oligarquías locales, sin leyes escritas) al ejercicio del mando por funcionarios que integraban distintos organismos comunitarios. El desarrollo y expansión de la polis es fundante de los significados inconscientes que regularán la conducta social.(*)

Pero la cultura oficial nada sabe de los determinantes históricos que la produjeron como tal: tampoco el "yo oficial" sabe nada de los determinantes deseantes que regulan, por ejemplo, su elección de objeto. El extremo límite de este desconocimiento es la formación pesebre donde la búsqueda de la verdad es reemplazada por la voluntad de adorar.

Voluntad sólo limitada por la función-idiota. Tengamos presente la advertencia freudiana: ninguna generación tiene el poder suficiente para ocultar sucesos de importancia a la generación siguiente. La alianza fraterna pudo apoyarse en vínculos libidinales (lazos homosexuales desarrollados por los hermanos en el destierro) para desplegar un acto político: agenciamiento del poder omnímodo del protopadre. Este momento (mito científico) es fundante del inconsciente libidinal y político de la cultura.

Pero en tanto toda cultura es instituída, también es instituyente. Los inconscientes no están cristalizados, lo único cristalizado es la conciencia oficial. Pero la caldera del diablo sigue hirviendo. Lo sepamos, queramos, busquemos o no, nuestra cultura (la que consumimos pero también la que fabricamos) está decantando los

(*) Baremlitt, Gregorio. Repaso de las formas de abordar la cuestión edípica en psicoanálisis. En LO GRUPAL. N° 4. Ediciones Búsqueda.

inconscientes de las generaciones futuras. Alguna vez descubrirán nuestros parricidios, incestos, tiranías. La descubrirán en el adentro de su psiquismo y en el afuera de las formaciones económico-sociales que construyan. Es de conocimiento diario la violencia cotidiana que se observa en escuelas. La latencia está súbitamente interrumpida, no por la sexualidad, sino por los "micro estallidos sociales" de cada recreo o "travesura" infantil. Son los hijos de los períodos dictatoriales y genocidas de nuestra historia. Los criamos y alguna vez quizá nos saquen los ojos. No se trata de la cultura del placer fálico que es resignado porque la angustia de castración empuja hacia los placeres de la exogamia. El sepultamiento edípico es castración transitoria de la función pero no conlleva la mutilación permanente del órgano. (ver cap. 1) .

Las neurosis de terror dan cuenta de representaciones inconscientes donde el conflicto no es solamente libidinal, sino que tiene la marca de la muerte decretada. El Estado Terrorista con su decantación de significados siniestros, es el retorno del protopadre de la horda con su totem nuclear. Como el yo en el proceso defensivo conocido como escisión , la sociedad se parte en dos sectores. Un pequeño pesebre de countries y de hoteles por un lado. Un enorme espacio de ghettos y campos de exterminio por el otro.

Habría que poner en superficie también la Ley de la Madre, la Ley del Hijo y su triple entrecruzamiento que sea Ley de Leyes de toda organización social y por ende, mental. Alguna idiota comenzó a dar vueltas alrededor de la pirámide de una plaza. Otro idiota se opuso en la potestad de su paternidad a que el hijo ingresara en el campo de exterminio del servicio militar obligatorio.(ver cáp.24) Son también legalidades, inscripciones que decantarán en los inconscientes, para que la fusión instintiva pueda alguna vez ser posible.

No obstante, los idiotas seguirán siendo necesarios. Pero tendremos que cuidarlos.

Quizá dependamos de ellos. Los inconscientes hablan a través de ellos.